



KANT

El filósofo de Königsberg, según un grabado antiguo

El 23 de abril pasado se conmemoró el bicentenario de su nacimiento.

HAY hombres—para valernos de la expresión consagrada ya—a quienes se honra con el culto de lo heroico en la Historia. De ellos es Kant. Su acción, lejos de contraerse a su propio país, excedió los límites de su patria prusiana y germánica, para informar y modelar el pensamiento europeo, la filosofía humana. Lo que representa Sócrates en la evolución de las ideas helénicas, es Kant en el desarrollo de la mentalidad moderna. El griego hizo del «conócete a ti mismo» del templo de Apolo el fundamento de su disciplina inmortal. El alemán ahondó y escarbó profundamente en los repliegues del pensamiento, extrayendo una ciencia entera, coherente y exacta que, desde entonces, se llama la «crítica de la razón». Antes se principiaba a filosofar sin conocer, previamente, el valor, la significación del útil del espíritu. A partir del maestro de Königsberg, primero se reflexiona sobre el alcance del entendimiento y después se aplica el entendimiento mismo a la investigación filosófica.

La actitud crítica es posterior, derivada; por eso es superior y eficaz. Primero se lanzó la imaginación auxiliada de la razón a construir el edificio de la metafísica; más tarde, se investigó si la razón misma es susceptible de servir como instrumento de la filosofía.

Comienza el espíritu humano por crear ensayos de explicación de la existencia. Es la edad juvenil llena de resolución e imprudencia. Kant significa la edad viril de la reflexión; actitud crítica, aquilatación de los re-

curios de la mente, ponderación de las facultades de síntesis y análisis. En seguida, la obra sistemática y armoniosa asentada sobre el cimiento inmovible de un juicio exacto y claro.

Los filósofos griegos, con excepción de los escépticos, fueron todos dogmáticos—dogma, en griego, quiere decir afirmación—; lanzábanse a definir, desde luego, un concepto sobre el mundo y el alma, sobre la existencia universal. Todo es agua para Tales; para Anaximandro, todo es aire; para Pitágoras, número y armonía; para Heráclito, todo es movimiento y transformación; para Parménides el movimiento es ilusorio, no más es real el ser eterno e inmóvil; para Empédocles el mundo se forma de los cuatro elementos: aire, agua, tierra y fuego; para Anaxágoras el mundo principia a explicarse por el Espíritu; para Sócrates, es inútil averiguar qué sea el mundo si antes no se sabe qué es el propio investigador.

Kant repitió la posición de Sócrates y de Descartes: conocerse primero a sí propio; más tarde, si fuere posible, averiguar la naturaleza de las cosas diversas de la razón.

Por eso en nuestro siglo, que ha sido llamado con propiedad el «siglo de la crítica», hay que saludar al filósofo prusiano con las palabras de Dante a Virgilio: Es «el Señor y el Maestro». Pero, mientras el ensayo crítico en Sócrates y Descartes era sólo una de las direcciones de la filosofía, en Kant se convierte en la filosofía misma. Hoy es imposible el dogmatismo. Ya no podemos creer sin discutir y desmenuzar las bases de la creencia. Nuestra dirección espiritual la marcó el célebre libro rotulado *Crítica de la razón pura*.

Los antiguos superan a los modernos en invención metafísica. Casi no hemos inventado, después de Grecia, una sola idea fundamental de explicación del universo. El principio de Parménides es el de Spinoza; Anaxágoras preludia a Leibnitz, Hegel reproduce a Heráclito. Schopenhauer es un Budha «perdido en occidente...» Nuestra gloria estriba en la diferenciación, en la disociación de las ideas, en lo minucioso del análisis, en lo exquisito y complejo de la reflexión que constantemente desconfía de sí misma, pero no para desconfiar indefinidamente, como lo hicieron los escépticos, sino para alcanzar la verdad, por pequeña y humilde que fuere. Gustamos mejor de un pensamiento cierto y exacto, que de una catedral de ideas brillantísimas que se desbarata al ponerse en

contacto con la vida; y aun cuando la única verdad que pudiésemos alcanzar fuese la que enseña que no podemos alcanzar ninguna, ya sabríamos algo definitivo a qué atenernos: lo inmensurable de nuestra ignorancia.

Pero este crítico sutil e implacable; este desmenuzador de creencias y doctrinas, tuvo una fe: el deber, la ley moral. Decía: sólo dos cosas me asombran en el mundo: «el espectáculo del cielo y el del deber en el fondo de la conciencia». Y la civilización contemporánea, llena del espíritu crítico kantiano, no ha seguido, desgraciadamente, al sabio de Königsberg en esta última parte de su glorioso mensaje espiritual. Hoy nadie quiere cumplir con su deber. Las naciones se asesinan entre sí, las razas se desdénan unas a otras, los gobiernos engañan a los pueblos, los individuos se engañan mutuamente. ¿Por qué habríamos de cumplir con nuestro deber? Aplicando el espíritu crítico que nos legó Kant, a la misma ley moral, resolvemos que el deber no existe y que hay que vivir, como dijo un filósofo contemporáneo, «más allá del bien y del mal...»

No obstante, Kant enseñó que el modo de asegurar la «paz perpetua» es vivir conforme a una máxima, que quisiéramos que fuese de «universal observancia». Y como no vivimos conforme a tal máxima, como lo previó el filósofo, yacemos en un estado miserable de guerra perpetua.

La industria desbarató la lenta vida humana del siglo XVIII y nos ha llevado al corazón de esta vorágine en que la Ciencia rige como emperatriz o autócrata suprema. No tenemos una fe, no esperamos un paraíso, no nos atemoriza un más allá. Por eso cabalmente vivimos tan tristes. La vida no tiene encantos para quien no tiene quimeras. ¡Quién sabe si sea bueno desengañar a los que sueñan!

De todos modos, sepa el mundo contemporáneo que el más grande de sus críticos y de sus filósofos fué un creyente y un creador y que después de destruir, construyó. La obra futura, emprendida según las ideas de Kant, ha de ser la integración del mundo moral; el empeño de restaurar, para todas las gentes, un ideal sereno, indiscutible, indeficiente. El día que un moralista estupendo afiance sobre la roca granítica de la «razón pura» el entusiasmo redentor del cristianismo, Kant de Königsberg, estará más cerca de nosotros y sonreirá desde su tumba.

ANTONIO CASO.

(Revista de Revistas, México, D. F.)